

los Sforza para quitar pretexto de guerras civiles. El autor principal de este consejo fué Antonio Tassino, de Ferrara. Era Tassino de humilde origen y, cuando fué á Milán, se presentó al duque Galeazzo, quien le nombró ayuda de cámara de la Duquesa. Ó por la belleza de su cuerpo ó por cualquier otra secreta virtud, después de la muerte del Duque tuvo tanta influencia con la Duquesa, que casi gobernaba él solo el Ducado. Disgustaba esto á maese Cecco, persona de una prudencia y de una práctica consumadas, por lo cual, siempre que podía, procuraba disminuir la autoridad de Tassino con la Duquesa, y con los demás miembros del gobierno.

Tassino, que sabía esta conducta, para vengarse de Cecco y tener auxiliares contra él, aconsejó á la Duquesa abrir las puertas de la patria á los Sforza. Así lo hizo ésta, aceptando el consejo, y sin decir nada á Cecco.

Cuando éste lo supo la dijo: «Habéis tomado una determinación que me costará la vida, y á vos el Estado.»

Ambas cosas ocurrieron pronto. Luis Sforza hizo morir á Cecco, y poco tiempo después, expulsó del Ducado á Tassino, tanto indignó á la Duquesa esta última medida, que salió de Milán, renunciando en manos de Luis Sforza la curatela de su hijo el Duque.

Quedó, pues, Luis Sforza gobernador del castillo de Milán, y fué, como se demostrará, la causa de la ruina de Italia.

Iba Lorenzo de Médicis camino de Nápoles, y se acercaba el término de la tregua, cuando, sin que nadie lo esperara, Luis Fregoso, que estaba de acuerdo con algunos habitantes de Serezana, sorprendió con gente armada esta plaza, apoderándose de ella y prendiendo á los

que allí defendían la autoridad de Florencia. Este suceso desagradó sobremanera á los jefes del gobierno florentino, por creer que se debía á órdenes del rey de Nápoles, y se quejaron al duque de Calabria, que estaba con el ejército en Siena, por que, durante la tregua, les promoviesen nueva guerra. El Duque dió toda clase de seguridades, por cartas y embajadores, de que aquello había ocurrido sin consentimiento suyo, ni de su padre el Rey.

Pero los florentinos juzgaban su situación deplorable, por estar exhaustos de dinero, el jefe de la República en poder del rey de Nápoles; una guerra antigua con este Rey y con el Papa, una nueva con los genoveses y no contar con aliados; porque de los venecianos nada esperaban y el gobierno de Milán, por lo incierto é inestable, más bien les inspiraba temor que confianza. Su única esperanza consistía en las negociaciones de Lorenzo de Médicis con el rey de Nápoles.

XIX. Llegó á Nápoles por mar Lorenzo de Médicis, donde no sólo el Rey, sino toda la ciudad, le recibió con grandes honras y suma curiosidad; porque, promovida la guerra sólo por derribarle, la grandeza y poder de sus enemigos aumentaban su importancia. Al estar en presencia del Rey, habló de tal modo de las condiciones de Italia, del carácter de los príncipes y los pueblos, y de lo que se podía esperar de la paz ó temer de la guerra, que el Rey, después de oírle, quedó más maravillado de la grandeza de su ánimo, de la sagacidad de su ingenio y de la solidez de su juicio, de lo que estaba al verle sostener por sí solo el peso de tan gran guerra. Desde este momento le prodigó mayores honras y empezó á meditar tenerle en seguida más bien por amigo que por enemigo. Sin embargo, con diferentes pretextos le

entretuvo desde Diciembre hasta Marzo para conocerle mejor, y ver lo que entretanto pasaba en Florencia, donde no faltaban á Lorenzo enemigos deseosos de que el Rey le impidiera volver y aun le tratara como á Jacobo Piccinino, hablando de ello por toda la ciudad, como si lo sintieran, pero al mismo tiempo oponiéndose en las discusiones públicas, á los que defendían á Lorenzo. Con tales procedimientos dieron ocasión á que corriera la noticia de que, si el Rey detenía más tiempo á Lorenzo de Médicis, cambiaría el gobierno en Florencia. Estos rumores originaron la determinación del monarca de diferir la partida de Lorenzo por si estallaban desórdenes en Florencia; pero al ver que continuaba la ciudad tranquila, el 6 de Marzo de 1480 le permitió partir, después de ganarse su voluntad con toda clase de beneficios y demostraciones de cariño, y de haber firmado un tratado de paz y alianza perpetua en beneficio de ambos Estados.

Volvió Lorenzo á Florencia lleno de gloria y más poderoso y grande que había partido, siendo recibido con las pruebas de alegría y cariño que merecían sus grandes cualidades y recientes servicios, puesto que expuso su vida por devolver la paz á su patria.

Dos días después de su llegada publicóse el tratado hecho por él entre la república de Florencia y el reino de Nápoles. Comprometíanse ambas partes, respectivamente, á garantizar sus Estados, quedaba al arbitrio del Rey la devolución de las plazas ocupadas á los florentinos durante la guerra; serían puestos en libertad los Pazzi encerrados en el castillo de Volterra, y pagarían los florentinos al duque de Calabria una suma de dinero por determinado tiempo.

Publicada esta paz, indignó al Papa y á los venecianos; porque el primero se creía desatendido por el Rey, y los segundos por los florentinos, á causa de haberles auxiliado en la guerra, y no conseguir nada con la paz. Cuando esta indignación fué conocida en Florencia, temieron muchos que el tratado originara mayor guerra.

Los principales del gobierno juzgaron entonces oportuno disminuir el número de los que tuviesen la dirección de los negocios, y también el de los miembros de asambleas deliberantes en los asuntos de importancia. Nombraron, pues, un Consejo de setenta ciudadanos, dándole plenos poderes para tratar los asuntos de Estado. Esta reforma contuvo á los que deseaban novedades, y el nuevo Consejo, para adquirir ante todo reputación, aprobó la paz hecha por Lorenzo de Médicis y envió al Papa y al rey de Nápoles embajadores; á aquél, Pedro Nasi, y á éste, Antonio Ridolfi.

Á pesar de la paz firmada, Alfonso, duque de Calabria, no se apartaba con su ejército de Siena, so pretexto de que le detenían las discordias entre los sieneses, las cuales llegaron á tal extremo que, estando el Duque alojado fuera de la ciudad, pidiéronle que entrara y fuese árbitro en sus cuestiones. Aprovechando la ocasión, el Duque castigó con multa á muchos de aquellos ciudadanos, á otros con prisión, á otros con destierro y á algunos con la pena de muerte. Este proceder le hizo sospechoso, no sólo á los sieneses, sino también á los florentinos, de que pretendía ser Señor de aquella ciudad, á lo cual no podía oponerse Florencia, á causa de su reciente amistad con el rey de Nápoles y la enemistad con el Papa y con los venecianos. Dicha prevención era general en el pueblo florentino, que con gran sagacidad interpre-

taba todas las cosas, y también la hacían los jefes del Estado, afirmando cada cual que nunca había estado más expuesta Florencia á perder su libertad. Pero Dios, que siempre, en tan extremas necesidades, ha tenido de ella particular cuidado, produjo un accidente inesperado, el cual dió al rey de Nápoles, al Papa y á los venecianos mucho más en qué pensar que los sucesos de Toscana.

XX. El emperador de Turquía, Mahomet, había sitiado á Rodas con grandísimo ejército, combatiéndola durante algunos meses; pero, aunque sus fuerzas fuesen grandes y la obstinación en el asedio grandísima, fué mayor la de los sitiados en defenderse, haciéndolo con tanto valor é ímpetu, que Mahomet tuvo que abandonar el sitio, declarándose en vergonzosa retirada. Al separarse de Rodas, una parte de la armada turca, á las órdenes del bajá Achmet, vino hacia Valona, y porque viera la facilidad de la empresa ó porque su señor se lo mandara, costeando Italia, desembarcó de pronto cuatro mil soldados y tomó por asalto la ciudad de Otranto, saqueándola y matando á todos los habitantes (1480). Hecho esto, fortificó lo mejor que pudo la ciudad y el puerto, reunió buena caballería y recorrió y devastó las tierras inmediatas. Asustó al rey de Nápoles este inesperado ataque, hecho por fuerzas de un soberano tan poderoso, y envió correos á todas partes para decir lo que ocurría y pedir ayuda contra el común enemigo. Además, mandó llamar con grande instancia al duque de Calabria y á su ejército, que estaban en Siena.

XXI. Tanto como alarmó esta empresa de los turcos al duque de Calabria y al resto de Italia, alegró á Florencia y á Siena, pareciendo á ésta que había recobrado su libertad, y á aquélla que se libraba del peligro inmi-

nente de perderla. Confirmó dicha opinión el sentimiento con que el Duque partió de Siena, acusando á la fortuna porque, con tan inesperado suceso, que racionalmente no se podía prever, le había quitado el imperar en Toscana.

Este mismo accidente hizo al Papa mudar de propósitos y, no habiendo querido dar antes audiencia á ningún embajador florentino, ahora escuchaba complaciente á cuantos le hablaban de la paz general. Los florentinos recibieron, por tanto, la seguridad de que, si pedían perdón al Papa, éste lo concedería. Creyeron no deber desaprovechar esta ocasión y enviaron al Pontífice doce embajadores. Antes de recibirlos en audiencia, el Papa habló con ellos sobre diversos asuntos. Al fin se pusieron de acuerdo respecto á las futuras relaciones de Florencia con el Pontificado, y á la parte con que cada uno de ambos Estados contribuiría en la guerra y en la paz. Fueron después los embajadores á postrarse á los pies del Papa, que los recibió rodeado de sus cardenales y con grandísima pompa. Excusaron lo que había ocurrido en Florencia, echando la culpa á las circunstancias y á la malignidad de los conjurados de una parte y, de otra, al furor y justa ira popular, advirtiendo la triste situación de los que se ven precisados á matar ó morir. Y porque todo se debía sufrir para evitar la muerte, habían soportado la guerra, la excomunión y las demás calamidades que originó el atentado, para que su república se librara de la servidumbre, que suele ser la muerte de toda ciudad libre. Pero si, forzados, habían cometido algunas faltas, prometían la enmienda y confiaban en la clemencia del Papa que, siguiendo el ejemplo del sumo Redentor, abriría piadosamente los brazos para recibirles.

El Papa contestó á estas excusas con soberbias é iracundas frases, reprobando cuanto en los pasados tiempos habían hecho contra la Iglesia; sin embargo, para obedecer los preceptos de Dios, consentía en concederles el perdón que demandaban; pero haciéndoles entender que estaban obligados á obedecer á la Iglesia y, si faltaban á esta obediencia, la libertad que ahora habían estado á punto de perder, la perderían después, y justamente, pues sólo merecen ser libres los que emplean la libertad en buenas y no en malas obras; que la libertad mal ejercida se ofende á sí misma y ofende á los demás. Añadió que amar poco á Dios y menos á la Iglesia no es propio de hombres libres, sino de libertinos más inclinados al mal que al bien, mereciendo la corrección, no sólo de los príncipes, sino de cualquier cristiano; y que debían acusarse á sí mismos de los males sufridos, porque con sus malas obras habían dado motivo á la guerra y, con pésimas, la habían alimentado, terminando más bien por la benignidad de otros que por sus propios méritos.

Fué después leída la fórmula del acuerdo y la bendición pontificia. El Papa había añadido á aquella, además de lo convenido, que si los florentinos querían gozar el fruto de la bendición habían de armar y mantener con su dinero quince galeras, mientras los turcos guerrearan en el reino de Nápoles.

Quejáronse amargamente los embajadores de este gravamen añadido al convenio, pero no pudieron por ningún medio ni favor aligerarlo. Cuando volvieron á Florencia, la Señoría, para consolidar esta paz, envió como embajador al Papa á Guido Antonio Vespucci, que poco antes había vuelto de Francia (1481). Éste, con su prudencia, redujo las cosas á términos soportables, obte-

niendo muchos favores del Papa, lo cual fué señal de más íntima reconciliación.

XXII. Arreglados los asuntos de los florentinos con el Papa, y libres del miedo Siena y ellos por la partida de Toscana del duque de Calabria, como continuaba la guerra con los turcos, aprovecharon la ocasión los florentinos para pedir al rey de Nápoles les devolviera los castillos ocupados durante la guerra y que el duque de Calabria había dejado en manos de los sieneses. Temía el Rey que, en el apuro en que se encontraba, se separara de él Florencia y, moviendo guerra á los sieneses, impidieran el auxilio que del Papa y de los otros italianos esperaba. Accedió por ello á la restitución, é hizo nuevo convenio de más estrecha amistad con los florentinos. Véase, pues, que la fuerza y la necesidad hacen á los príncipes más fieles á sus promesas que los tratados y los compromisos escritos.

Recobrados los castillos y hecho el nuevo convenio con el rey de Nápoles, volvió á adquirir Lorenzo de Médicis la reputación que le había quitado primero la guerra y después la paz, cuando se dudaba de las intenciones del Rey. Pero no faltaba en aquel tiempo quien le calumniara abiertamente, diciendo que, por salvarse, había vendido su patria y que, del mismo modo que en la guerra se habían perdido los castillos, en la paz se perdería la libertad.

Pero, devueltos los castillos y hecho con el Rey honroso acuerdo, recuperó Florencia su antiguo poder, y entonces esta ciudad, ávida de hablar y aficionada á juzgar los sucesos por el éxito y no por los motivos, mudó de opinión, elevando la fama de Lorenzo de Médicis hasta las nubes, diciendo que su prudencia le había hecho ganar

en la paz lo que la mala fortuna le hizo perder en la guerra, y que su consejo y juicio pudieron más que las armas y la fuerza del enemigo.

El ataque de los turcos solamente difirió la guerra que hubiese estallado á causa de la indignación que al Papa y á los venecianos produjo el tratado de paz entre los florentinos y el rey de Nápoles. Pero de igual modo que lo inesperado de aquella agresión ocasionó muchos bienes, su término, también imprevisto, fué motivo de grandes males; porque el sultán Mahomet murió cuando menos se creía y, por nacer discordia entre sus hijos, los turcos que estaban en la Pulla, viéndose abandonados de su Señor, convinieron con el rey de Nápoles la entrega de Otranto.

Cuando se dispó el miedo que la toma de Otranto por los turcos produjo al Papa y á los venecianos, todos temían en Italia nuevos trastornos. De una parte estaba la liga del Papa con los venecianos, y con ellos los de Génova, Siena y otros Estados menores; de otra los florentinos, el rey de Nápoles y el duque de Milán, á cuyo lado estaban los boloñeses y los Señores de otros pequeños Estados.

Deseaban los venecianos apoderarse de Ferrara, pareciéndoles fundada la empresa y teniendo esperanza de realizarla con buen éxito. El motivo consistía en que el marqués de Ferrara aseguraba no estar obligado á recibir al Visdomino (1) y á proveer de sal á los venecianos; pues los convenios hechos determinaban que, pasa-

(1) El Visdomino era una especie de cónsul que Venecia tenía en Ferrara para resolver las cuestiones entre los venecianos residentes en esta ciudad.

dos setenta años, quedara la ciudad libre de ambas cargas. Replieaban los venecianos que mientras el Marqués tuviera el Polesino estaba obligado á recibir al Visdomino y á entregar la sal. No consintiéndolo el Marqués, creyeron los venecianos tener justo motivo para tomar las armas y ser el tiempo á propósito para emprender esta guerra, por la indignación del Papa contra los florentinos y el Rey.

Habiendo ido el conde Jerónimo á Venecia (1482), los venecianos, para ganarse más la voluntad del Pontífice, le recibieron con muchos honores, concediéndole derechos de ciudadanía y de nobleza, que era siempre señal de grande honra tributada á los favorecidos.

Para estar preparados á aquella guerra habían establecido nuevos impuestos y nombrado jefe de sus tropas á Roberto de San Severino, el cual, indignado con Luis Sforza, gobernador del ducado de Milán, se fué á Tortona y, por ocurrir allí algunos desórdenes, se trasladó á Génova, donde estaba cuando le llamaron los venecianos para ponerle al frente de su ejército.

XXIII. Estos preparativos y nuevos movimientos fueron causa de que, al conocerlos la liga adversa, se dispusiera también ésta á la guerra. El duque de Milán nombró general de su ejército á Federico, señor de Urbino; los florentinos, á Constanzo de Pésaro, y para sondear el ánimo del Papa y averiguar si los venecianos emprendían la guerra con consentimiento del mismo, el rey Fernando envió al duque de Calabria con su ejército á orillas del Tronto, y pidió paso al Pontífice para ir á Lombardia en socorro del marqués de Ferrara, negándole el Papa rotundamente.

Convencidos el Rey y los florentinos de la disposición

del Papa, determinaron obligarle por fuerza á ser amigo suyo, ó si no, crearle tantos obstáculos que no pudiera ayudar á los venecianos, quienes estaban ya en campaña contra el marqués de Ferrara, devastando sus tierras y poniendo después sitio á Figarolo, fortaleza importante en el marquesado de Ferrara.

El rey de Nápoles y los florentinos decidieron atacar al Pontífice, y el duque de Calabria emprendió el camino de Roma. Con ayuda de los Colonnas que se habían unido á él, porque los Orsini estaban de parte del Papa, causaba grandes daños en el país. Por su parte, los florentinos, mandados por Nicolás Vitelli, atacaron y tomaron á Cittá del Castello, expulsando de allí á maese Lorenzo, que la gobernaba á nombre del Papa y que dieron como en señoría á Vitelli.

Encontrábase, pues, el Papa en grave compromiso, porque en el interior de Roma había desórdenes, y fuera de ella recorrían el país los enemigos; pero como hombre animoso que deseaba vencer y no ceder al enemigo, tomó por general de sus fuerzas á Roberto de Rimini, haciéndole venir á Roma, donde estaban reunidos todos sus hombres de armas. Allí le mostró lo honroso que sería para él librar á la Iglesia de los apuros en que se encontraba, combatiendo contra el ejército de un Rey, y cuán obligados le quedarían él y todos sus sucesores, recompensándole, no sólo los hombres, sino Dios. Roberto examinó primero los hombres de armas y los recursos militares que tenía el Papa, y le aconsejó que reuniera toda la infantería que pudiese, lo que fué ejecutado con gran celo y actividad.

El ejército del duque de Calabria estaba tan inmediato á Roma, que diariamente hacía correrías y presas

hasta las puertas de la ciudad; lo cual indignó tanto á los romanos, que voluntariamente se ofrecían á Roberto para defender la ciudad. Éste aceptó y agradeció el ofrecimiento.

Al saber el duque de Calabria estos preparativos, se apartó algo de Roma, pensando que de este modo no se atrevería á atacarle Roberto, y porque esperaba á su hermano Federico que, con nuevas tropas, le enviaba el Rey su padre.

Cuando Roberto hubo reunido tantos hombres de armas como el duque de Calabria y mucha más infantería, salió de Roma en orden de batalla y acampó á dos leguas del enemigo. Teniendo el Duque el adversario junto á él, contra lo que había creído, juzgó indispensable, ó dar la batalla ó retirarse como vencido, sin combatir. Casi obligado á lo primero, por no hacer cosa indigna del hijo de un Rey, determinó pelear, haciendo rostro al enemigo. Cada general ordenó su ejército como entonces se acostumbraba y lo condujo á la lucha, que duró hasta cerca de mediodía.

Se combatió en esta batalla con más valor que en ninguna otra, desde cincuenta años antes, pues entre ambas partes murieron más de mil hombres, siendo la victoria para la Iglesia, porque la multitud de su infantería ofendió de tal modo á la caballería del duque de Calabria que tuvo que volver grupas, y hubiese quedado el Duque prisionero si no le salvaran muchos turcos de los que habían estado en Otranto y ahora militaban á sus órdenes.

Alcanzada la victoria, volvió Roberto triunfador á Roma, gozando poco de su triunfo, porque, á causa de beber mucha agua por la fatiga en aquel día, se le de-

claró una disenteria que le ocasionó la muerte al poco tiempo. El Papa mandó enterrar su cuerpo con grandes honras.

A fin de aprovechar esta victoria, envió el Papa inmediatamente al conde Jerónimo hacia Cittá del Castello para procurar la restitución de esta plaza á maese Lorenzo, y hacer algunas tentativas en Rimini; porque, quedando, al morir Roberto, Señor de esta ciudad, y en guarda de su esposa, un hijo que tenía de corta edad, creyó el Pontífice que sería fácil ocupar á Rimini; lo que consiguiera, sin duda, si los florentinos no hubiesen defendido á la viuda, oponiéndose con sus fuerzas al Conde de tal modo que, ni contra Cittá del Castello ni contra Rimini pudo hacer nada de provecho.

XXIV. Mientras ocurrían estos sucesos en Roma y en la Romaña, los venecianos habían tomado á Figarolo y sus tropas pasado el Po.

Los ejércitos del duque de Milán y del marqués de Ferrara estaban en desorden, porque Federico, conde de Urbino, enfermó y, llevado á Bolonia para curarse, murió allí.

Los asuntos del marqués de Ferrara iban, pues, declinando, y en los venecianos crecía diariamente la esperanza de ocupar á Ferrara.

Por su parte el Rey y los florentinos hacían todo lo posible para obligar al Papa á que estuviera de su lado y, no habiéndolo podido conseguir con las armas, le amenazaban con el Concilio que el Emperador había convocado ya en Basilea.

Los Embajadores que tenían en Roma y los principales cardenales, que deseaban la paz, persuadieron y obligaron por fin al Papa á que pensara en ella y en la

unión de Italia. El Pontífice, por temor, y también al ver que la grandeza de los venecianos era la ruina de la Iglesia y de Italia, envió sus nuncios á Nápoles para unirse á la liga, haciéndola por cinco años el Papa, el Rey, los florentinos y el duque de Milán, reservando á los venecianos el derecho de aceptarla.

Una vez hecha esta alianza, el Papa notificó á los venecianos que cesaran en la guerra contra Ferrara; pero no quisieron hacerlo, antes con mayores fuerzas continuaron la guerra y, habiendo derrotado el ejército del duque de Milán y del marqués de Ferrara en Argenta, se acercaron tanto á Ferrara, que en el parque del Marqués pusieron el campamento.

XXV. La liga juzgó llegado el momento de socorrer eficazmente al Marqués, é hizo pasar á Ferrara al duque de Calabria con sus tropas y las del Papa (1483). Los florentinos enviaron también toda su gente.

Para organizar bien la guerra, los aliados reunieron un consejo en Cremona, al que asistieron el Legado del Papa, el conde Jerónimo, el duque de Calabria, Luis Sforza, Lorenzo de Médicis, y muchos otros príncipes de Italia, quienes discutieron los diferentes medios de realizar la futura guerra. Creyendo que la mejor manera de defender Ferrara era distraer las fuerzas del enemigo, querían que Luis Sforza consintiese en promover la guerra contra los venecianos por el Estado del duque de Milán, lo que rehusaba Sforza, temeroso de atraer á los Estados del Duque una lucha que no pudiera dominar. Convino, pues, en reunir en Ferrara todas las fuerzas, y con cuatro mil hombres de armas y ocho mil infantes, ir en busca de los venecianos, que sólo tenían dos mil doscientos hombres de armas y seis mil infantes.

Determinaron los aliados primero atacar la armada que los venecianos tenían en el Po y, la derrotaron junto al Bondeno, con pérdida de más de doscientos barcos, quedando prisionero Antonio Justiniano, proveedor de la armada.

Al ver Venecia toda Italia unida contra ella, para mantener su reputación, tomó á sueldo al duque de Lorena con doscientos hombres de armas; y, cuando supieron los venecianos la derrota de su armada, enviaron á este Duque con parte de sus tropas para tener en jaque al enemigo, y con lo restante del ejército hicieron pasar el Adda á Roberto de San Severino y acercarse á Milán, proclamando al duque Galeazzo y á su madre Bona. Creyeron que con ello provocarían desórdenes en Milán, por suponer que los milaneses odiaban á Luis Sforza y su gobierno.

Esta invasión produjo al principio bastante terror, haciendo que se armaran los milaneses; pero ocasionó á los venecianos consecuencias contrarias á las que esperaban, pues, á causa de ella, consintió Luis Sforza, contra su opinión anterior, en que se hiciera la guerra en el ducado de Milán. Por esto, dejando al marqués de Ferrara la defensa de sus Estados con cuatro mil caballos y dos mil infantes, el duque de Calabria entró en el territorio de Bérgamo con doce mil caballos y cinco mil infantes. De aquí pasó al de Brescia, y después al de Verona, saqueando, sin que los venecianos pudieran oponerse, todo este territorio, porque Roberto de San Severino con sus tropas apenas podía defender las citadas ciudades.

Por la otra parte, el marqués de Ferrara recobró casi todos sus Estados, porque el duque de Lorena, que

sólo contaba con dos mil caballos y mil infantes, no podía combatirle.

Así, pues, en toda esta estación del año 1483 se peleó felizmente para la liga.

XXVI (1484). En la primavera del año siguiente, porque el invierno se había pasado en tranquilidad, salieron los ejércitos á campaña. Los aliados, para vencer con más facilidad al enemigo, habían reunido todo su ejército y, de haber luchado como en el año anterior, con facilidad, quitaran á los venecianos todo el territorio que tenían en Lombardia, pues las tropas de éstos estaban reducidas á seis mil caballos y cinco mil infantes, porque el duque de Lorena, terminado el año de su compromiso, volvió á su tierra, y los contrarios tenían trece mil caballos y seis mil infantes. Pero, como sucede muchas veces cuando hay varios con la misma autoridad, las disensiones entre ellos dan la victoria al enemigo.

Muerto Federico Gonzaga, marqués de Mantua, á cuya autoridad se sometían el duque de Calabria y Luis Sforza, empezó el desacuerdo entre éstos, y después las rivalidades; porque Juan Galeazzo, duque de Milán, estaba ya en edad de tomar las riendas del gobierno y, teniendo por esposa á la hija del duque de Calabria, deseaba que no fuera Sforza, sino su yerno, quien gobernara el ducado. Conoció Sforza este deseo del Duque y determinó privarle de los medios de realizarlo.

Supieron las intenciones de Luis Sforza los venecianos y, aprovechando la ocasión, juzgaron que, como siempre, ganarian con la paz lo que con la guerra habían perdido. Al efecto gestionaron secretamente el acuerdo entre ellos y Luis Sforza, y lo ajustaron en Agosto de 1484.



Mucho desagradó esto á los demás aliados cuando lo supieron, sobre todo al ver que tenían que devolver á los venecianos todas las poblaciones conquistadas, dejarles Rovigo y el Polesino, y permitirles conservar en Ferrara los antiguos privilegios. Todos opinaban haber hecho una guerra en la cual se gastó y conquistó bastante, peleando con honra, para terminarla con ignominia, puesto que las ciudades tomadas se devolvían y las pérdidas no se recuperaban. Pero viéronse los aliados en la precisión de aceptar la paz, porque no podían hacer más gastos, ni querían exponerse á ser víctimas de la mala fe ó ambición ajena.

XXVII. Mientras en Lombardía ocurrían estos sucesos, el Papa, secundado por maese Lorenzo, estrechaba cada día más á Cittá del Castello, para echar de allí á Nicolás Vitelli, abandonado por los aliados á fin de atraerse al Pontífice á su causa. Los de dentro de la ciudad, que eran partidarios de Vitelli, hicieron una salida y derrotaron á los enemigos. A causa de esto, llamó el Papa al conde Jerónimo, que estaba en Lombardía, para reorganizar su ejército y volver á sitiar á Cittá del Castello; pero, juzgando después que seria mejor ganarse á Vitelli con la paz que atacarle de nuevo, púsose de acuerdo con él, reconciliándole lo mejor que pudo con su adversario maese Lorenzo. Más le obligó á esto el temor á nuevos desórdenes que el amor á la paz, porque veía nacer entre los Colonna y los Orsini perniciosas rivalidades. El rey de Nápoles había quitado á los Orsini en la guerra con el Papa el castillo de Tagliacozzo, dándolo á los Colonna, que seguían su partido. Hecha después la paz entre el Papa y el Rey, los Orsini, en virtud de los artículos de la misma, lo reclamaron. El Papa or-

denó muchas veces á los Colonna que lo restituyeran; pero éstos, ni por los ruegos de los Orsini, ni por las amenazas del Papa, hicieron la restitución: en cambio, con nuevas presas y otras parecidas injurias, ofendieron á los Orsini.

No pudiendo sufrir el Papa estos abusos, envió todas sus tropas, con las de los Orsini, contra los Colonna, y las casas que éstos tenían en Roma fueron saqueadas, siendo muertos ó presos quienes querían defenderlas. También les privó el Papa de casi todos sus castillos; terminando estos desórdenes, no por la paz, sino por la ruina de un partido.

XXVIII. No reinaba tampoco entonces tranquilidad en Génova y Toscana, porque los florentinos tenían al conde Antonio de Marciano con tropas en la frontera de Serezana; y, mientras duró la guerra en Lombardía, molestaba á los de Serezana con correrías y escaramuzas.

En Génova el dux Battistino Fregoso fué preso con su mujer é hijos por el arzobispo Pablo Fregoso, que abusó de su confianza y se hizo Señor de la ciudad.

La armada veneciana atacó también el reino de Nápoles, ocupando á Gallipoli y devastando las inmediaciones de esta población.

Pero hecha la paz en Lombardía, cesaron todos los desórdenes, excepto los de Toscana y Roma, porque, á los cinco días de publicada la paz, murió el Papa, ó por llegar el término de su vida, ó porque le matara el disgusto por aquel convenio.

Dejó este Pontífice á Italia en paz, aunque, en vida, siempre la tuvo en guerra. A su muerte todos los romanos empuñaron las armas y el conde Jerónimo se retiró con sus tropas junto al castillo de Sant' Angelo. Temían